

SEGUNDA PLA

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO



EL SOL/Rafael Zarza

Novelas del dictador

EL PERSONAJE DEL DICTADOR, o el dictador como personaje, no es patrimonio de Iberoamérica, por supuesto. Pero, desde hace más de 60 años, el protagonismo de esta figura ha proliferado tanto en las obras de ficción americanas, que bien puede hablarse de las novelas del dictador como, en su tiempo y aún hoy, se habla y escribe de las novelas de caballerías. En la mayoría de los casos, las novelas del dictador no son biografías o retratos literarios de un tirano determinado, aunque se inspiren en uno o en varios de ellos. Intentan ser descripciones originales de la figura genérica del dictador en las diferentes repúblicas del llamado Nuevo Mundo. Algunas de esas obras son de notable calidad novelística pero, en general, resultan ser un pálido reflejo de las vidas, circunstancias y horrores de muchos tiranos que allí han existido o que aún existen.

Un predecesor del tema podría ser Joseph Conrad, que en su novela *Nostromo* se inventó la república bananera de Costaguana y narró sus luchas, sus tiranías y sus desastres. Pero el que inauguró el tema, y con mano maestra, fue Ramón María del Valle Inclán, con su *Tirano Banderas*, publicado en 1926. Fue el primero y también el mejor, pues la calidad y complejidad de su invención no la ha superado nadie todavía.

Don Santos Banderas, o el Niño Santos, o el Generalito, es un personaje tan fantástico que parece real. Sabemos de su país, de su entorno, de sus enemigos, de la gente que le aupó y que luego le traiciona, de sus crueldades y de su debilidad y miedo. El protagonista y su retablo alcanzan la perfección, y hoy día no es preciso comentar la altísima calidad de su prosa ni la primorosa construcción de la novela.

A partir de esta obra, y hasta la década de los setenta, aparecen multitud de novelas sobre el tema del dictador en Iberoamérica. *La bella y la fiera*, de Blanco Fombona; *El puño del amo*, de Gerardo Gallegos; *Fiebre*, de Miguel Otero Silva; *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias; *El gran Burundín-Burundá ha muerto*, de Jorge Zaldamea; *Camaleón*, de Fernando Alegría y otras que ahora he olvidado, seguramente porque no debieron gustarme nada. Eso no quiere decir que las que he citado me entusiasmen, pero al menos las recuerdo, y están todas en la historia de la literatura americana con cierta dignidad.

Voy a referirme ahora a tres obras, aparecidas las tres el año 1974, que considero las mejores sobre el tema del dictador, naturalmente después de la magistral y excepcional novela *Tirano Banderas*, primera en todos los conceptos, sin parangón posible, como no me cansaré de repetir.

El recurso del método, de Alejo Carpentier, presenta al Primer Magistrado, que resulta ser un hombre que se cree, y hasta cierto punto así se lo describe, una persona educada y leída, que adora la cultura francesa y desprecia a los yanquis, de los que, naturalmente, depende; se las da de elegante, pese a ser demasiado grueso y cargado de hombros; se pierde por la ópera y por los burdeles de lujo; es cruel y lo sabe, pero piensa que esto es inevitable y necesario; suelta larguísima soliloquios sobre la desgraciada situación de todos los países de Iberoamérica... El tipo está bien conseguido, pero no así su entorno, ni los intereses que le mantienen en el poder.

En *El otoño del Patriarca*, de Gabriel García

Márquez, el dictador es más esperpéntico, más vaineclanesco. Tiene un testículo herniado, enormes patas, mirada lúgubre, manos de doncella púdica; de él se nos dice que es un repelente y brutal anciano granítico, que se odia a sí mismo tanto como a sus víctimas... La novela, bien escrita, es de agobiante lectura, sin duda a causa de sus seis únicos y larguísima párrafos. El personaje parece ser el único responsable de la dictadura; no habla o se pasa por alto a todos sus partidarios, no alienta la situación del país, la oposición está desdibujada: el único culpable es él, protagonista trucu- culento y solitario.

Augusto Roa Bastos, en *Yo, el Supremo*, construye su relato basándose en testimonios de la época del dictador paraguayo Doctor Francia, que señoreó en su país, en el siglo pasado, durante unos 26 años. Roa Bastos emplea en su novela unos supuestos apuntes privados y una serie de circulares del tirano, amén de unos diálogos transcritos que se dice sostenía con un tal Patiño, su secretario particular. Así, el autor juega al escondite con el lector, e incluso en una *nota final* de la novela firma como *el compilador*. El Supremo aparece hablando y escribiendo latín correctamente, manteniendo aislado su país del resto del mundo y filosofando sobre todo lo divino y humano rodeado de silencio y de terror. Pero sigue siendo un personaje sin suficiente credibilidad ingeniosa o literaria, una extraña flor única y venenosa cuyos orígenes se ignoran y que crece en un páramo desconocido.

Pueden pensarse como hace, entre otros, el ensayista colombiano Conrado Zuloaga, que muchas de estas novelas dulcifican la realidad de las dictaduras iberoamericanas inconscientemente, al mostrar al tirano como la sola encarnación de la tiranía. El dictador es *el malo* y no tiene apoyo importante por parte de la población. Pero sí lo tiene, siempre lo tiene, en mayor o menor proporción: incluso, a veces el apoyo es masivo, tanto en la realidad como en *Tirano Banderas*, y puede venir de la oligarquía, de los sindicatos, de las clases medias, de los comerciantes, de ciertas agrupaciones campesinas, del clero... Hacer responsable sólo a los militares y al Departamento de Estado norteamericano —que por supuesto lo han sido y lo son— es simplificador y falsear el problema.

No debiera minimizarse el papel de las camarillas: familiares, consejeros, sicarios y multitud de individuos que, en una dictadura, suelen actuar sin necesidad de recibir órdenes en cada situación o caso, ya que conocen su sucio trabajo perfectamente; y todos juntos pueden tener más poder que el tirano, que es la única cabeza visible, pero al que pueden manejar como si fuera una marioneta: representan a los grandes poderes financieros, que sobreviven siempre al dictador.

En fin, las novelas que he reseñado están ahí, y no se trata de descalificarlas, sino de comentarlas y de entenderlas, y constatar que, calidad literaria aparte, le quitan hierro a la vida, nos evaden de unos hechos y de unos personajes que superan sus ficciones.

Este escrito se titula *Novelas del dictador*, y ya dejo para otro día el tratar sobre dictadores de novela, para que pueda verse que la vida y el entorno de muchos tiranos de Iberoamérica son tan duros y esperpénticos como los que, genialmente, facultó, con prodigioso acierto, Ramón María del Valle Inclán.